



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Dres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

ÉPOCA 2.^a

NÚM. 3.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Riús.

Se publica todos los domingos.

Valencia 21 Agosto 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

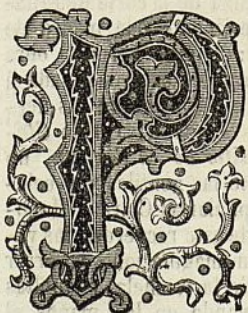
En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores.
—La caridad, por Doña Maria del Pilar Sinués
de Marco. — Carolina Civili. — El capital, por Don
Eduardo Serrano Fatigati. — Cositas sueltas (con-
tinuacion), por D. Enrique Gaspar. — A mi pa-
riente D. Luis de Góngora y Argote, (soneto), por
el Marqués de Cabrinana. — A mi hija Maria de la
Gloria, (poesía), por Doña Faustina Saez de
Melgar. — ¡Pobre Maria! (poesía), por D. A. Al-
calde Valladares. — La mano ardiente: tradicion,
por Rafael Blasco (continuacion).

Láminas. — Puente colgante de la ciudad de
Friburgo (Suiza). — Retrato de Carolina Civili.

REVISTA DE LA SEMANA.



Los periódicos extranjeros ocupan hoy día
parte de sus columnas dando cuenta á sus lec-

tores del bergantin *Vision*, que en la actualidad
cruza el Atlántico con rumbo á Liverpool. Es
una barca, armada de bergantin, verdadera
miniatura de buque, cuya tripulacion se com-
pone del capitán John C. Donovan, acompa-
ñado de su perro de Terranova y de un viejo
marino de Rhode Island. Cuando dejó á New-
York, adornada de flámulas y gallardetes,
acudió una multitud inmensa á presenciar la
salida de aquel liliputiense de los mares; y á
pesar del calor sofocante que hacia, nadie
abandonó el sitio hasta que desapareció en el
horizonte.

El *Vision* mide 15 piés de largo, 4 piés
6 pulgadas de ancho y 4 de puntal. Es un
bergantin-goleta muy bien aparejado y de muy
buena construccion, segun las marineros. El
Vision fue construido en el astillero de botes
al pié del Gran-Street, y aparejado por el ca-
pitán Donovan y M. Spencer. Todos los ma-
teriales han sido suministrados *gratis* por di-
ferentes establecimientos.

Los víveres para los atrevidos tripulantes
consisten en 55 galones de agua, ó sea una ra-
cion de tres cuartillos por día; en 400 libras
de galleta, ó tres cuartos de libra al día por
cada uno de los tres individuos, y en algunas
libras de café y un poco de azúcar. Completan
la lista de los víveres unos cuantos pomos de
grosella y unas latas de conservas de carnes.
El capitán espera concluir el viaje en seis se-
manas, y á su llegada á Inglaterra exhibirá al
público su barquichuelo y luego lo venderá.
El capitán y M. Spencer son antiguos marinos,
pues ambos han pasado mas de veinte años en

los mares. Toby entiende algo de navegacion.
Regresó muy recientemente de un viaje á
Australia, y ha visitado algunas partes del
mundo. Su sagacidad canina escede de los lí-
mites ordinarios, y se confia en que desem-
peñará bien su guardia y otras atenciones que
se le encomienden. Toby ha sido objeto de
muchas atenciones, y recibió durante el día
centenares de caricias. Toda la bateria de co-
cina consiste en un pequeño reverbero para
hacer café una vez al día.

Deseamos que llegue sana y salva á la
Gran-Bretaña, y prometemos á nuestros lec-
tores darles noticia de su arribo á Europa en
cuanto de él tengamos conocimiento.

La prensa española dá á sus lectores no-
ticias exactas del viaje de S. M. el Rey, y en
la generalidad de los círculos de las familias
solo se habla de las fiestas que en París hay
dispuestas en obsequio del esposo de nuestra
Soberana, y de la solemne inauguracion del
ferro-carril del Norte.

La empresa constructora, con la galanteria
que tienen acreditada los individuos que la
componen, se sirvió remitirnos un billete de
invitacion, pero causas imprevistas nos impidie-
ron el poder mandar á alguno de nuestros di-
bujantes con el objeto de haber dado en las
páginas de *El Museo* algunas vistas de tan
solemne acto.

Esto sin embargo, y en obsequio á nues-
tros lectores, se han dado los pasos posibles
para que esto se realice.

A la una de la madrugada del domingo
salió el augusto viajero de San Ildefonso con

direccion á Villalva. Allí estaban para saludarle y despedirle las primeras autoridades de Madrid y el subsecretario de la Gobernacion Señor Elduayen. El tren real partió á las cuatro de dicha madrugada.

Con S. M. el Rey iban los ministros de la Gobernacion y de Fomento, quienes dejarán á S. M. despues de asistir á la inauguracion total del ferro-carril; los grandes de España, gentiles hombres de S. M., señores marqueses de Santa Cruz y duque de Motezuma, el cuarto militar de S. M. el Rey que dirige el general Lemery, el inspector general de Palacio señor Oñate y otras personas notables.

S. M. llegó sin novedad á las ocho de la mañana á Valladolid, en cuya estacion fue recibido por las autoridades y varias comisiones. La comitiva marchó al palacio, abriendo la marcha los cadetes de caballería.

El Rey vestía el uniforme de capitán general é iba en carretela tirada por cuatro caballos.

Seguian á esta los coches de las autoridades y de las comisiones, municipalidad, diputacion provincial, cabildo y audiencia.

La tropa estaba tendida en la carrera, las calles enarenadas, los balcones colgados, y por todas partes se veía un gran gentío.

Entró el Rey en palacio á las nueve menos cuarto.

Almorzó, oyó misa, que dijo el señor arzobispo, y descansó para proseguir su viaje.

A las ocho y media de la noche llegó á Vitoria, en cuyo punto, así como en las estaciones del tránsito, fue recibido el régio viajero con las mayores demostraciones de júbilo y entusiasmo.

A la estacion del ferro-carril de Miranda han acudido á recibirle y felicitarle las autoridades de las provincias Vascongadas y el señor obispo de Calahorra.

A las ocho y media de la mañana de ayer llegó á la estacion de Olazagoitia recorriendo las nuevas obras de la línea que empiezan en dicho punto.

Todos los pueblos del tránsito estaban adornados con colgaduras. A la entrada de Vitoria, Tolosa y San Sebastian habia elegantes arcos.

En el confín de la provincia de Alava con la de Burgos, se han levantado á derecha é izquierda sobre la vía férrea, para solemnizar el paso de S. M. el Rey, dos altos pedestales, y sobre cada uno de ellos ondea una bandera nacional con un tarjeton encima. En el de la derecha se lee esta inscripcion: *Las provincias Vascongadas á S. M. la Reina*; y en el de la izquierda esta otra: *Las provincias Vascongadas á S. M. el Rey*.

En el confín de Navarra ondeaban igualmente otras dos con las mismas inscripciones.

El tren de los expedicionarios llegó á San Sebastian á las diez, siendo recibido con mucho entusiasmo.

S. M. el Rey llegó á las doce acompañado de los ministros de Gobernacion y Fomento, y de su servidumbre. En la estacion le esperaban el infante D. Enrique, los marqueses del Duero y de la Habana, el conde de Ezpeleta, y las autoridades de la provincia.

Casi al mismo tiempo llegó el tren con los convidados franceses, entre los que venian Mr. de Persigny y varios hombres notables de la banca, de la ciencia y de la política.

La estacion estaba muy bien dispuesta; á los lados se levantaban grandes tribunas para el público; en el centro se hallaba la tribuna real y enfrente la capilla, todo vestido con terciopelo.

Una vez el Rey en su tribuna, y ocupadas las demás por una concurrencia extraordinaria, cantóse un solemne *Te-Deum*, acompañado por órgano y orquestas y un coro de hombres y mugeres. El señor obispo de Vitoria ocupó las gradas del altar y bendijo las locomotoras que cubiertas de banderas francesas y españolas y guirnalda de flores, avanzaron al compás de sus roncós silbidos.

Terminada la ceremonia religiosa, el pueblo guipuzcoano dió rienda á su comprimido entusiasmo, y los mas atronadores vivas á nuestros Reyes llenaron el espacio. Ha sido un momento de verdadera expansion de que todo el mundo participó.

S. M. el Rey pasó despues al gran salon del banquete, hermosamente preparado, á espaldas de la estacion. La comida ha sido magnífica. S. M. salió á las tres de la tarde para Paris.

La poblacion de San Sebastian está vestida de gala. Por todas partes se ven colgaduras y banderas. En el puerto ha habido regatas esta tarde, y para esta noche se preparaba una gran iluminacion.

La empresa del ferro-carril del Norte ha estado y sigue estando galante hasta un punto indecible, y ha conseguido que el acto hoy celebrado sea suntuoso en todos conceptos.

Las obras de la vía hoy inaugurada son verdaderos monumentos para los fastos de las construcciones modernas.

Estas son las noticias que podemos adelantar á nuestros suscritores.

La perentoriedad con que ha de entrar en prensa nuestro semanario nos impide dar noticias mas avanzadas.

La prensa francesa continúa felicitándose por esta régia visita.

Las cartas de Paris siguen hablando de los festejos que han de verificarse en honor del Rey Francisco. Parece que la fiesta anunciada para el 17 en Versalles, ha sido trasladada al 20. Mil treinta entradas se han distribuido para el teatro de aquel palacio, y á la fecha de las últimas noticias no se sabia aun positivamente si la fiesta dada en el parque seria pública ó se limitaria solo á 10,000 el número de los invitados. Para los fuegos artificiales se están construyendo aparatos; de modo que estos imiten perfectamente los que se quemaban en tiempo de Luis XIV.

La gran comida que darán los emperadores no será en las Tullerías, segun se ha dicho, sino en el palacio de Saint Cloud. Tambien se asegura que han empezado á repartirse invitaciones para un baile en Saint-Cloud, que se verificará el dia 19. Este baile reemplazará, segun se asegura, á la anunciada fiesta en el palacio del ayuntamiento. Exigiéndose uniforme para asistir á la fiesta de Versalles, se ha determinado que se considere como tal el traje que usan los alumnos de los liceos, á fin de invitar á los últimamente laureados.

En Granada se ha verificado el lunes el acto de imprimirse por el Sr. Gobernador de la provincia el primer pliego de la biblioteca de escritores granadinos.

El momento ha sido solemne, concurriendo á él todas las autoridades eclesiásticas, judiciales y militares, así como las corporaciones y los representantes de la prensa. El entusiasmo ha sido extraordinario.

En nuestra pacífica ciudad nada altera las diarias ocupaciones.

El calor se deja sentir de un modo nada agradable y hasta las frescas brisas parecen se niegan á mitigarle.

Las diversiones, reducidas á los juegos egecutados por los chinitos ó á los egercicios de la compañía ecuestre, dirigida por la señorita Gaertner y M. Dellevanti.

En el Cabañal, algun concierto.

En el Cañamellar se improvisó noches pasadas un baile de niños.

Un número considerable de éstos se reunieron en una de las alquerías de la calle de la Reina bailando á su placer hasta las 12 de la noche, el adorno interior era la espresion mas fiel de lo que allí existia.

Lindos faroles de papel, cadenas de la misma materia, y verde follaje constituia el decorado.

Las vibraciones que de unas arpas deja-

ban oír dos transpirenánicos rapazuelos, daban á la infantil edad cuanto era preciso para que bailasen.

Tan solo la idea de que habia de tener fin la fiesta es lo que velaba la alegría de la encantadora juventud.

Valencia se ve favorecida por personas ilustradas que llegan todos los dias.

A la de nuestros amigos el Sr. D. Teodoro Martel, distinguido poeta, y D. José Ferrandis, tenemos que añadir la del nuevo gobernador civil D. Antonio Hurtado y la de la Señora Doña Faustina Saez de Melgar, directora del acreditado periódico de modas *La Violeta*.

En cambio hemos visto marchar á la apreciable actriz la señorita Amalia y Gutierrez, á nuestro amigo y apreciable literato D. Pedro Manuel Yago, y pronto daremos tambien la despedida al Sr. Jordán, actor apreciable por todos conceptos, que pasa á ponerse al frente de la compañía que está ajustada para el teatro de Granada.

GERONIMO FLORES.

LA CARIDAD.

Virgen encantadora,
Sublime caridad, hija del cielo,
En quien Dios atesora
Sus dones de consuelo
Para esparcir la dicha en este suelo.

Tú al misero afligido
Devuelves, en su angustia, la esperanza:
Por ti el arrepentido
Un porvenir alcanza;
Tú esparces en el mundo la bonanza.

(ANGELA GRASSI.—*La Caridad*.)

I.

Al hablar de la Caridad, de esa virtud la mas sublime y consoladora de todas las virtudes, la primera figura que aparece ante mis ojos es su mas bella imagen en la tierra.

¿Quién de vosotros, lectores míos, no ha visto alguna vez á esas mugeres que visten un pobre y grosero sayal negro, que cubren su frente y sus cabellos con una toca de lino y se envuelven en un manto de lana?

¿Quién de vosotros no conoce y ama á las nobles y generosas hijas de San Vicente de Paúl?

Esas mugeres, hermanas de la Caridad, y encargadas de la santa mision de esparcir sus beneficios y sus consuelos sobre la tierra; esas tiernas y amantes criaturas no tienen patria. Descienden del cielo, y donde se sufre allí está su hogar; el que padece es el objeto de sus mas solícitos cuidados; la ancianidad, la juventud, la infancia, ven en ellas sus ángeles de paz.

Hállanse en medio de las batallas, en los hospitales provisionales destinados á recoger los cuerpos mutilados de los heridos, en los incendios, en las epidemias, en todas partes, en fin, donde hay dolores que aliviar, desgracias que socorrer y lágrimas que enjugar.

La mas hermosa y sublime de las obras de la célebre y nunca bastante alabada Madame de Genlis, de esa muger que fue á un mismo tiempo la mas bella dama de la corte de Francia, la escritora mas eminente y la madre de familia mas eemplar: la mas hermosa obra de esa mujer incomparable, está destinada á pintar la abnegacion y el heroismo de las hermanas de la Caridad: el que haya leído *Clara de Rosemberg ó el sitio de la Rochela*, no podrá olvidar fácilmente las gentiles y preciosas figuras de las hospitalarias Clara y Honorina, y á la evocacion de este recuerdo, las verá ante los ojos de su imaginacion, recorrer las salas del hospital de la Rochela, envueltas en blancos velos y llevando en las manos el vaso de alabastro que contiene el bálsamo que alivia las heridas de los soldados.

Ni una sola de esas mugeres he encontrado que no tenga el rostro sereno y apacible como su corazón y su conciencia: he visto bajo ese hábito, ancianas de noble y benévola fisonomía; mugeres, que llegan apenas al estío de la vida, de mirada dulce y elocuente sonrisa, y he visto también jóvenes en la aurora de sus años de rostro hermoso y de candidas y risueñas facciones; pero en todos sus semblantes se nota un sello de amor, de resignación y de suavidad que jamás he hallado en los de otras mugeres.

Las hermanas de la Caridad son mas heroínas á mis ojos que Juana de Arco y la Varona castellana: éstas se olvidaron de su sexo para hacer alarde de su valor; aquellas conservan además de todos los privilegios del suyo, el mas hermoso y envidiable: el de hacer bien á sus semejantes.

La caridad de esas criaturas es inagotable.

El pobre huérfano á quien su madre abandonó, halla en cada una de ellas una verdadera madre muy distinta del monstruo á quien debe el sér.

El anciano enfermo y desvalido encuentra en ellas una hija que le cuida con solicitud y amor.

La pobre jóven á quien la miseria y el estravío conducen al mísero lecho de un hospital, halla una hermana en la que lo es de la Caridad.

Y esas mugeres ejercen su santo ministerio en la oscuridad, sin testigos de su heroísmo, sin alabanzas, sin galardón de ninguna especie en el mundo; su abnegación es silenciosa é ignorada; la admiración de aquellos á quienes alivian y consuelan hace enrojecer sus frentes; ellas se contentan únicamente con la aprobación de Dios.

La hermana de la Caridad renuncia á ser esposa y madre, para serlo de la gran familia humana; renuncia á los goces del hogar doméstico para ir á derramar la paz y la dulzura en los extraños hogares; sepárase del mundo, de sus placeres, de sus galas, para ir á empaparse en las lágrimas ajenas, para curar dolores que no la pertenecen, para aliviar padecimientos que no son suyos.

Ellas no ven mas que la esperanza de hacer el bien en todos sus sacrificios; pero la Esperanza las muestra una corona en el cielo.

La Fe, la Esperanza y la Caridad se sostienen mutuamente y se aman tanto que no se separan jamás.

¡Solo una religion como la nuestra pudiera producir tan benéficas, hermosas y consoladoras hijas!

II.

La Caridad es tan sublime y generosa que dá cuanto tiene, y á veces dá también lo que no posee.

La imágen de San Martín, dando la mitad de su capa á un pobre, me ha conmovido siempre profundamente.

La Caridad es una virtud ardiente y apasionada: es un amor indecible á todo el que padece; que solo puede provenir de un rayo del Espíritu de Dios.

El egoísmo, ese asqueroso reptil, con cuerpo de acero, y garras de hielo, huye temeroso de la Caridad: la teme, y aunque quisiera esterminarla, nunca se atreve á dirigirla sus tiros cara á cara, ni á penetrar en los sitios que habita, porque es cobarde y ruin.

Los egoístas no saben de qué placer se privan por no conocer á la Caridad. Esos desgraciados seres están constantemente sufriendo, pues cuanto poseen les parece poco y pasan su vida deseando mas comodidades y un bienestar completo, como si este existiese en el mundo; mas cuando creen llegar al pináculo de su dicha, cuando se convencen de que van á ver satisfechos todos sus deseos,

otros deseos nuevos se alzan en su corazón y realizan la fábula de las culpables jóvenes que fueron condenadas á llenar una vasija sin fondo.

La tarea de los egoístas como la de estas desgraciadas, es interminable: no tuvo principio ni tendrá fin, y todo lo que con ella logran es conquistarse pedazo á pedazo la condenación eterna.

Detrás del egoísmo viene siempre la avaricia, la avaricia, que no deja sueño en los ojos, risa en los labios, ni alegría en el corazón: la avaricia, verdugo del que la abriga en su seno, pues semejante al vampiro, chupa su sangre hasta dejarle sin vida.

El egoísmo es el mas vil de todos los defectos y la avaricia la mas sórdida de todas las pasiones, y uno y otra causan tantas desgracias, que si pudiéramos verlas quedaria helada la sangre en nuestras venas.

Para el egoísta no hay afectos, ni amor, ni amistad, ni familia: todo lo sacrifica á su propio bienestar, pero nada basta á conseguirlo.

La avaricia lo sacrifica todo al placer de aumentar, pero su loco anhelo no la deja ver su propia miseria, pues de todo le priva y le hace vivir sin pasado, sin presente y sin porvenir.

Tú sola ¡oh sublime Caridad! puedes borrar con tus merecimientos las culpas del egoísmo y de la avaricia! Tú sola puedes, con la luz purísima de tu belleza, iluminar los culpables abismos que se abren á sus piés esos mensajeros del infierno!

Porque tú eres, como tu madre la Religión, y como tus hermanas la Fe y la Esperanza, mensajera de Dios en la tierra y santa habitadora del cielo.

Tú llevas en tu manto el consuelo y la alegría.

Tú enjugas con el llanto amargo de la viudez las tristes lágrimas de la orfandad.

Tú amas á Jesucristo, en el mendigo andrajoso y macilento; y la pureza inmaculada de tu ropaje y la blancura de tus alas cobran nueva brillantez al rozarse con la miseria que constantemente procuras y consigues aliviar.

III.

La Caridad estiende tanto sus beneficios, que es imposible señalarles un término.

No se contenta con dar pan al hambriento, con vestir al desnudo y con aliviar todos los dolores; la Caridad perdona también las ofensas y no hay injurias que no haga olvidar su placida dulzura: ella pone una venda ante los ojos para ocultar á su mirada los defectos de los que nos rodean, y nos hace la vida risueña y feliz.

No creais, lectoras mías, que la Caridad exige al que ha de practicarla que se cubra de tosco sayal, ningún penoso sacrificio nos impone la virtud en general para que la practiquemos, y de todas las virtudes no hay ninguna que tan suave y fácilmente pueda ejercerse como la Caridad.

En todas las situaciones de la vida puede practicarse.

La muger que por su elevada posición, concurre todas las noches á brillantes saraos, si huye de la punible murmuración, si es indulgente, si muestra esa suave dulzura que emana de un corazón sano, si evita la crítica mordaz, en la cual por otra parte no puede mezclarse sin que su decoro se degrade, ejerce la Caridad.

La madre de familia que enseña á sus hijos pequeños á que den á un pobre niño mendigo el dinero que iban á emplear en dulces, ó los dulces mismos que acaban de comprar, ejerce la Caridad de un modo muy agradable á ojos de Dios.

El hombre que enseña á sus criados con dulzura y humanidad lo que necesitan saber

para salvarse, y cuida de que cumplan con las prácticas de nuestra santa religion, ejerce la Caridad de una manera muy meritoria.

El que paga bien y puntualmente á los artesanos que emplea en su servicio, ejerce también la Caridad.

Esas mugeres nobles y hermosas, que dejan las comodidades de su gabinete para ir á visitar y socorrer en las bohardillas las miserias ignoradas y enjugar las lágrimas del infortunio, ejercen la Caridad de un modo admirable.

Así, pues, no creais, jóvenes lectoras mías, que únicamente os es dado admirar á la Caridad y á sus hermanas, sin practicarla: la virtud puede ejercerse en todos los estados, en todas las circunstancias de la vida; la virtud no es adusta; si tal os parece, es porque no os la pintan con su verdadero colorido.

Quizá el deber amedrenta porque no siempre se le comprende.

Para hacerle comprender diré que la sola palabra deber, tiene un encanto indecible para la muger que abrigue una alma tierna, cualidad, que por fortuna, dejan muy pocas de poseer, y que su cumplimiento nos alcanza dos recompensas: una en la tierra con la satisfacción interior que se experimenta con el mero hecho de practicarle, y otra en el cielo, mas grande, mas gloriosa, porque se recibe de las manos de Dios.

IV.

La Caridad es un deber para todos en general; pero este deber se convierte en un placer muy dulce para la muger.

Porque es innegable que la muger ha nacido con un caudal mas rico de sentimiento que el que ha sido otorgado al hombre.

El destino, la principal ocupación de la muger, es el amor: ¿y qué otra cosa es la Caridad que un amor grande, generoso y purificado?

La muger debe ser indulgente por carácter y por corazón, y la indulgencia bondadosa es también Caridad.

El sexo fuerte tiene ocupaciones y cuidados de que nosotras estamos exentas; porque, á mi juicio, el deber del hombre es procurar á su familia la subsistencia y el bienestar: el de la muger se reduce á administrar bien y celosamente lo que su marido gana y á embellecer todo cuanto le rodea.

El cálculo y el trabajo constituyen la vida del hombre: la de la muger está únicamente consagrada al amor.

Porque amar á su esposo es procurar que halle en su hogar comodidades y bienestar.

Amarle es recibirle cariñosamente: amarle es conservar en su corazón y en su alma una alegría sincera é igual.

Amarle, en fin, es cuidar de que los objetos en que se fijen sus ojos le sean agradables.

La Caridad debe ser, pues, una ocupación en la muger por avenirse mejor con su organismo y con el destino que el cielo la ha deparado sobre la tierra.

Á la muger que reciba en su pecho á esa bella hija de la Religión, Dios la colmará de dichas y de prosperidades; en pos de la Caridad vendrán la Esperanza y la Fe, y su vida será feliz y estará exenta de pesares, pues no hay padecimiento que no endulcen esas mensajeras del cielo.

Si. ¡Feliz aquella que las abriga bajo su techo!

¡Feliz la que consigue que se reclinen en las cunas de sus hijos!

¡Feliz la que les rinde el amoroso culto que merecen!

Las bastardas pasiones no combatirán jamás su señó.

La felicidad no se apartará de su hogar;

porque la felicidad existe en nosotros mismos y solo una conciencia pura puede darla.

Si por vuestro daño habeis nacido con una imaginacion ardiente, no la calcineis con sueños vanos.

El poder y la gloria no se han hecho para la muger.

Su poder está en el ascendiente que pueden darle su dulzura y el exacto cumplimiento de sus deberes.

Su gloria en la práctica de las virtudes. Su felicidad depende de que la sostenga la *Fe*, la halague la *Esperanza* y la anime la *Caridad*.

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.



PUENTE COLGANTE DE LA CIUDAD DE FRIBURGO (SUIZA).

CAROLINA CIVILI.

Hé aquí la biografía de la distinguida artista que durante dos meses ha sido tan aplaudida en el teatro del Príncipe de Madrid:

«Carolina Civili nació en el año de 1841 en Florencia, perteneciendo á una familia distinguida. Desde muy tierna edad se dedicó al estudio de la escena, amestrada por su tia Carolina Santoni, hermana de su madre, y una de las primeras notabilidades dramáticas de su país.

Siendo todavía casi una niña, pues contaba apenas diez y seis años, hizo su primera salida en el real teatro Carignan de Turin en 1857, produciendo el mas vivo y merecido entusiasmo.

El director de la compañía, que era el famoso actor Gustavo Modena, la auguró el porvenir mas próspero y brillante; lo cual no tardó en realizarse, pues pronto tomó puesto Carolina Civili entre las primeras actrices de Italia.

Continuó despues trabajando siempre en

los primeros teatros, como el del Ré, en Milan; el Valle, en Roma; San Benedetto, en Venecia; l' Armonia, en Trieste; el Nicollini, en Florencia, y el Carolino, en Palermo, alcanzando en todos aplausos, tanto mas justos y lisonjeros cuanto que para el público era nuevo y desconocido el nombre de la artista.—Así recorrió triunfalmente toda la Italia.

Pero donde Carolina Civili produjo verdadero delirio fue en Génova el año de 1862, y en el teatro Paganini.

Los espectadores la prodigaban cada noche las mas estrepitosas ovaciones, la prensa los mas ardientes elogios, y varios periódicos repartieron su retrato litografiado. La admirable y poderosa voz de la actriz, su aspecto magestuoso, reunido á su peregrina belleza y á su tierna juventud, pues solo contaba entonces ventin años, causaron un efecto indescriptible en los genoveses, que cubrian de flores la escena durante las representaciones de *Adriana Lecouvreur*, de *Gismonda de Mendrisio*, de *Medea* y de *Maria Stuart*.

Aunque discípula de la Santoni y educada en su escuela, la Civili con su genio poderoso se ha creado un género aparte, en el que brilla y resplandece con luz propia, siendo sorprendente que ella que posee el secreto de arrancar lágrimas en cuanto lo intenta, consigue con la misma facilidad provocar la risa siempre que quiere; en *La tocandiera*, en *La casa de campo*, en otras muchas pitecillas ligeras, se coloca á igual altura en el terreno cómico que en *La Dama de las camelias*, en *Sor Teresa* y en dramas semejantes.

En 1863 fue ajustada la Civili como primera actriz por el Sr. Domeniconi para componer parte de una compañía modelo que se formó por orden del gobierno. La eleccion no podia ser mejor, Carolina llegó rápidamente al puesto mas eminente del arte, y su nombre, desconocido poco antes, fue desde entonces uno de los timbres del teatro italiano contemporáneo.

A principios del año actual, el conde Leonni la invitó á venir á recorrer la España, en donde tan apreciado ha sido el talento de la Ristori y de la Santoni; sintiendo ella viva simpatía hacia nuestro pais, casi hermano de la Italia, accedió á las proposiciones del empresario. Y no habrá tenido por qué arrepentirse, pues la acogida que ha merecido, primero en Barcelona y despues en Madrid y en Alicante, debe haberla hecho creer que aun estaba entre sus compatriotas.

Festejada, aplaudida con entusiasmo, Carolina Civili ha conseguido un triunfo insigne: el de atraer gente al coliseo del Príncipe durante cincuenta representaciones en los meses peores del verano.—La sociedad mas inteligente y distinguida de la corte ha asistido á todas, arrojándola con frecuencia coronas de laurel y ramilletes de flores.»

EL CAPITAL.

Por este artículo debe darse mucho dinero.

No de otra manera puede recompensarse el punto *capital* de que se ocupa.

Y cuenta con que el asunto es mas *capital*, en una *capital* como Madrid, que en cualquiera otra *capital* de provincia; porque



CAROLINA CIVILI.

sabido es que necesita un gran *capital*, el que quiera ser considerado en la *villa del oso* como capitalista.

Capitalicemos, pues, el artículo y manos á la obra.

Y ahora tropiezo en una ligerísima dificultad.

No sé por donde empezar.

El *capital* me asedia, me ahoga, me sofoca.

Exije que le considere bajo su aspecto económico, metafórico, vulgar, histórico, estadístico y literario.

Y es tal la diferencia que existe entre unos y otros *capitales* que se necesita un *in folio*, para dar sobre cada uno de ellos una ligera pincelada.

Ejemplos al canto:

La mujer puede ser económicamente un *capital*; pero en la vida práctica es solo un Simon Cirineo que viene en nuestra ayuda... ¡para gastarlo con tal prisa!

El revoque de una fachada (no aludo á las jamonas) tambien supone un *capital*; y sin embargo, y á pesar de todas las *mangas verdes* que vemos á cada instante paseando las calles de la coronada villa, supone para muchos vecinos honrados la pérdida de otro *capital* tangible, representado por un sombrero rociado de yeso, ó por una levita moteada de cal.

Se dice que el talento es un *capital* inagotable.

No pocos conozco y conoceréis sin duda vosotros, simpáticos lectores, que cambiarian ese tesoro que no están muy seguros de poseer por otro agotable, pero revestido de las seductoras formas y colores que usan toda-

via las *peluconas* de Carlos III de feliz memoria (me refiero á las monedas).

He creído siempre que la vida y el dinero son dos *capitales* que casi nunca logran ponerse de acuerdo, y que por lo tanto jamás nacen y mueren juntos.

Hay quien trae á este valle de lágrimas mas *capital* de vida que de dinero.

Hay quien se encuentra en una situación enteramente contraria.

Pero entre el rico *capital* de palabras que posee la lengua castellana hay dos preciosísimas para dar nombre á esos diversos efectos.

El hombre que puede restar el *capital* dinero del *capital* vida, se denomina pobre.

A éste le sobra vida para emplear dinero.

El hombre que puede hacer la resta contraria, se apellida rico.

A éste le sobra dinero para gastar la vida.

¿Cuál tiene un *capital* mayor? ¿cuál es mas feliz?

La solución de este problema no puede dársela ninguno de los interesados.

Únicamente podria ser juez en la cuestion el hombre que careciese de ambos *capitales*, y como los parroquianos

del hoyo grande no querrán tomar cartas en el asunto, de ahí que el problema sea irresoluble.

Y á pesar de esa teoría, daria un *capital* cualquiera; dos cuartos, por ejemplo, al que averiguase y me tradujese en cifras el *capital* negativo de algunos de los hombres que se pasean por Madrid precedidos de gran fama de *ricos*.

Recordando tales tipos no se puede menos de dar un voto de gracias al *álgebra*, por la salvadora invencion de las cantidades negativas.

Tales hombres que solo saben engrosar su fortuna por el método de la sustraccion aplicada sobre los bolsillos de los demás, suelen poseer un crecido *capital* de buenas palabras.

Seria para mí un grave compromiso de difícil salida, y me veria obligado á no decirme nunca, si me dieran á elegir entre el *capital* que representan todas las casas construidas en la puerta del Sol, y el que pudiera formarse dando rienda suelta á la imaginacion ó crédito á las palabras de los que acuden en un solo día á la susodicha *puerta*, ya para preguntar al reloj qué hora tiene, ya para tomar una racion de vista en los escaparates de las tiendas.

Se afirma en las provincias y hasta en el mismo Madrid que la *capital* de la monarquía posee mucho dinero.

Yo sin echar mi cuarto á espaldas sobre ese particular, solo os puedo decir que lo que ven mis ojos todos los dias en la coronada villa es un gran *capital* de papel.

Si las fábricas que suministran este precioso artículo dejasen de funcionar, Madrid tomaria otro aspecto, y hasta es probable

que no hiciese tan *gran papel* entre las provincias.

Porque entonces, adios billetes de banco, deudas de todas clases (que no son pocas), lotería, periódicos, libros y hasta tú ¡oh indispensable *Correspondencia!* pagarés de todas especies, letras de cambio (que suelen no tenerlo) y tantas otras honradas industrias que dan vida y animación á un pueblo de trescientos mil habitantes.

Y ahora que nos ocupamos de deudas, os desafío á que fijeis la importancia de ese capital en la corte.

Y es que los ciudadanos se han echado sin duda alguna la cuenta de que cuando la Nación, imitando á los que marchan á la consabida *¡cabeza de la civilización!* debe tanto, no será malo deber *bien* y pagar *mal*.

Lo cual por otra parte no es atacar principio económico alguno.

Como sabéis perfectamente, el ahorro, según los economistas, no es mas que el escaso de lo producido sobre lo consumido.

Ahora bien; si un quidam que nada necesita, pide prestados mil duros, los produce, y si no los devuelve nunca, los ahorra.

Este raciocinio es evidentemente claro.

Los Estados debían adoptar el mismo principio.

En la actualidad no tengo otro método, para daros una idea de las sub-clases en que se sub-divide, y después se sub-fracciona el capital denominado *deuda pública* que el usado por aquel pintor, á quien habiéndosele encargado el cuadro de Santa Ursula y las once mil vírgenes solo pintó tres ó cuatro y en el fondo una puerta con la cortina alzada.

Fijaos en el consolidado y dejad alzada la cortina, que ya irán saliendo hasta Dios sabe cuando.

La deuda privada pretende rivalizar con la pública.

El ciudadano que no debe á los demás ciudadanos ni siquiera lo que se han dado en llamar atenciones y cuenta con que un ejemplar semejante es sumamente raro, se debe asimismo vergüenza, virtud, buena fé, ó lo que es tan malo, comidas á su estómago que no representa capital alguno, y en prueba de ello, de sobra teneis centenares de usureros avaros que no me dejarán mentir.

Siguiendo la bendita costumbre de dejarlo todo para *mañana*, costumbre que no ha perdido nada de su vigor, desde que el inmortal Larra escribió su magnífico artículo «Vuelva V. mañana», ninguno dice en esta bienaventurada villa, *pagó ni pagué sino pagaré*.

Y de aquí el gran ingreso que para el tesoro representan el sencilló capital de sellos llamados de *giro*.

Y en verdad que hacen perfectamente en apellidarlos de *giro*, porque tienen dos caras.

El día en que se estienden los papeles á que se pagan, son para el acreedor sellos de esperanza, puesto que, á cambio de un capital desembolsado en metálico, piensa recibir en un día, no lejano, otro capital mayor. Pero cuando, llegado este último día, tiene que ir desalado á llamar á la puerta de un depositario de la *fe pública* para que *proteste*, entonces se convierte en sellos de desengaño.

Vista la suma enorme que arrojan los pagarés que corren por la plaza (y mirándolo bien no corren, sino que permanecen encerrados en los bolsillos) cierto amigo mio propuso una deliciosa especulación, que no sé si llegará á realizarse.

Tal era la espendición de pagarés de mil reales con un 98 p. 100 de pérdida, esto es, por la modesta suma de veinte reales.

Y claro es que ni faltarian especuladores que aventuraran tan pequeña cantidad por la esperanza de un gran lucro, ni gente que los firmase cuando hay en Madrid muchos hom-

bres que solo dedican los días á firmar, y de eso viven.

Oireis decir generalmente que el *punto capital* de que se trata siempre en la corte es el de los principios.

Si se refieren á los de la comida, lo concedo; en otro caso creo que la verdadera capitalización está en las consecuencias.

Y no por eso vaya á creerse que hay abuso, ni cosa que se le parezca.

Ahí teneis en prueba la ascendereada cuestión de la empleomanía.

Confieso que la crítica al ocuparse de este asunto ha sido escesivamente severa.

Cada hombre al nacer trae al mundo un capital de inteligencia y de muchas otras cosas mas, y al menos y por la parte mas cierta, dedos para agarrar y boca para comer.

Con estas circunstancias, natural es que el hombre para cumplir los fines que Dios le señaló en esta vida, se *emplee* en algo; luego necesita un *empleo*.

Nada, pues, mas justo que la Constitución dijese en uno de sus artículos; «para ser español se necesita ser empleado» lo cual por otra parte no era mas que una alteración de factores en el precepto legal que dice, «para ser empleado es preciso ser español»; y todos sabéis que el orden de factores no altera el producto.

Ante la economía política, el obrero representa el capital *brazo* y el empresario el capital *dinero*.

Y siendo esto verdad, como lo es, ¿de qué manera se explica que en Madrid todos sean empresarios, sin disponer de otra cosa que de sus *brazos*?

Y no empresarios de tres al cuarto de esos que se limitan á arrendar un local cualquiera de Ayuntamiento, sino notabilidades de primer orden, que se proponen en un *santiamente* alterar nada menos que la faz de la nación.

¡Pobre España, y qué corrida debe hallarse de que tanto la alteren la faz!

Yo quisiera deciros algo sobre cada uno de los capitales que contribuyen á formar esta gran arteria de la circulación nacional, pero observo, que sin entrar en el fondo de la palabra que me sirve de epigrafe, he hablado demasiado, y por lo tanto me limito á daros la cotización de algunos valores en la plaza.

Héla aquí:

Inteligencia científica	00.
Virtud.	2 p. 100 de daño.
Franqueza.	En liquidación por quiebra.
Audacia.	14 p. 100 de prima.
Constancia (de todas clases).	No hay operaciones.
Comestibles.	Por las nubes.
Amor.	Por los suelos.
Matrimonios de interés.	A la par.
Id. de cariño.	No hay compradores.
Estafas.	Mucha animación.
Estudios.	En baja.

A última hora habia mucha demanda de hipocresía á 107 p. 100, y algunos vendedores de vergüenza á 50 p. 100 de daño.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

COSITAS SUELTAS.

(Continuacion.)

III.

Un célebre escritor ha dicho que el matrimonio no es mas que un pequeño detalle de la vida del hombre, al paso que para la mujer es su vida entera.

Yo creo que no es exacto.

El hombre reconoce por término de su

constitucion definitiva en la sociedad el matrimonio. Se afana por adquirir un título que amen de que contribuya al sufragio de sus obligaciones (piensa tenerlas), le procure consideración, le abra campo donde brillar y le entresaque de la masa comun de los que mueren sin mas nombre que el de pila. Ahora bien, si el hombre no es egoísta, en cuyo caso entraríamos en el análisis de una especialidad y aquí solo consideramos los hechos generales, todos los títulos, los honores, las riquezas, la gloria son hijos de una ambición justa y legítima; son efecto de ese laudable amor propio que impele al hombre á labrar su inteligencia para ser útil á la sociedad; y como la sociedad no es mas que la gran familia, y á cada individuo se le ha dado la suya particular como escuela práctica para su ingreso en la general, y como para el hombre su familia principia siéndolo sus padres y por razón natural debe sobrevivirlos, de aquí, el que al buscar una compañera con quien compartir sus vicisitudes amen de servirle de estímulo en su trabajo, pasa á ser el matrimonio algo mas que un detalle de su vida.

Si además consideramos, que el hombre se casa generalmente en el primer tercio de ella, ó sea de los veinticinco á los treinta años, y que de este tercio hay que descontar dos terceras partes pertenecientes á su infancia y pubertad, nos encontraremos con que á partir de este estado en que verdaderamente principia su desarrollo físico é intelectual hasta que contrae matrimonio, su vida es una serie continuada de vigiliias y de afanes, de estudios y sinsabores para conquistarse lo que el mundo llama una posición social, y que en la libreta de gastos se conoce familiarmente por carne, pan, garbanzos....

De modo que la vida del hombre puede decirse que dá principio en su primer tercio; si entonces ya se procura una compañera que en proporcion regular debe vivir tanto como él, y que ha de ejercer tanta influencia en todos sus actos, creo que podemos sentar como axioma que

El matrimonio es la vida.

Todos hemos oido decir alguna vez; «Fulano es un hombre de mala vida;» lo que prueba que no siempre la vida es buena. Apliquemos este principio á nuestro asunto, y perfeccionado diremos sin temor de equivocarnos

Rara vez el matrimonio es bueno.

Y sin embargo, el matrimonio es codiciado como lo es la vida, á quien va unido por mas que uno y otra estén llenos de sinsabores.

Todos sabemos ó comprendemos por intuición las infinitas causas que puede reconocer una mala vida; yo voy, lector amigo, á ver si puedo explicarte,

Por qué el matrimonio rara vez es bueno.

Ya hemos dicho que la mujer solo tiene importancia en el amor.

Efecto de la descuidada educación que recibe, llaga que tocaremos á su tiempo.

De consiguiente, la mujer solo sabe amar. El hombre encuentra en ella una mina inagotable de pasión, de ternura, de afectos puros.

La mujer se casa en general por cariño, y el que llega á poseerla puede decirse que ha encontrado un tesoro de que puede sacar todo el partido que quiera según el uso que haga de él; del mismo modo que el jurisconsulto se encuentra con el Fuero Real, el Fuero Juzgo, las Partidas y cuanto constituye los elementos de nuestra legislación.

Toda su habilidad estriba en dar buena aplicación á esos mismos elementos.

Es decir que el hombre hace á la mujer.

Hechas estas consideraciones vamos á entrar de lleno en la cuestión.

La joven del Botánico se llama Artemisa.

Y ante todo es bueno advertirte, pacien-

tísimo lector, que todos los hechos particulares aplicados á los individuos que voy á exhibirte debes considerarlos con relacion á la sociedad entera, salvando las escepciones que por distintos conceptos existan, toda vez que aquí te presento lo general, lo mas abundante, lo que constituye por su número la fuerza, y por consiguiente el tipo de nuestras costumbres.

Artemisa pertenece á la clase media. Es una muger perfecta.

No es esto decir que en la opulencia y en la clase menesterosa no existan perfecciones; pero siguiendo la inspiracion de nuestro eminente publicista Castro y Serrano, la muger escesivamente rica, generalmente descuida ciertos perfiles morales, al paso que la menesterosa ensoberbecida con su honor, que segun ella misma es *lo único que posee*, descuida ciertos perfiles de otra especie que podemos llamar de la educacion.

Unos y otros reunidos constituyen el mérito de la muger. Artemisa participa de ambos. Es el justo medio. Es la razon.

Estudiemos á la muger en Artemisa.

Sus padres la han dado una educacion esmerada, lo que quiere decir que aparte de las labores propias de su sexo sabe leer, escribir, las cuatro reglas de aritmética y tocar el piano.

Esto es lo que constituye la educacion de la muger en España; porque el coquetismo que es otro de sus elementos se aprende sin enseñarse y es detalle que está en relacion directa con el temperamento de la persona.

Cada uno de estos conocimientos aislados no basta á dar importancia social á la muger, y unidos dan por resultado un consorcio heterogéneo de pequeñas nociones insuficientes á constituir por sí un elemento de vida propia.

Por lo tanto, así como en el hombre su vida moral la constituye el matrimonio, podemos decir de la muger que el matrimonio es materialmente su vida.

Vamos á casar á Artemisa.

Sus padres son muy buenos; pero hace veinte años que viven unidos en dulce consorcio y su vida carece del aliciente de aquellas consideraciones que deben presidir siempre todos los actos de la vida íntima. Hay dejadéz, existe ese abuso de confianza que se permiten los matrimonios con detrimento de su propia felicidad.

Artemisa, que cuenta diez y seis abriles, ha leído alguna novela y se ha engañado con la ilusoria idea de que todos los maridos son respetuosos, afables, esbeltos y dotados de un ingenio peregrino.

Solo ve poetas puestos de frac y guante blanco. Encuentra el contraste en su padre y esclama para sí:

—¡Si me equivocaré! ¿Serán todos iguales? Vamos á verlo.

Su madre, señora respetable que ha pasado ya por todas las vicisitudes que esperan á su pobre hija, vicisitudes que ha sabido arrostrar, primero con una virtud á toda prueba y despues con la glacial indiferencia de las canas, empieza á repasar los perfiles de la educacion de Artemisa como precinto indispensable para su libre curso por la aduana matrimonial.

Le ha enseñado la compostura que debe observarse en la sociedad y en la mesa. Le ha puesto al corriente de los menores detalles, del refinamiento, de las puerilidades de la urbanidad. Ha desarrollado en ella el sentimiento. Ha procurado que todos sus actos vayan presididos por cierta languidez, cierta delicadeza en los modales y ciertas posiciones académicas, lo que unido al germen de espiritualismo que radica en Artemisa, por razon de su organizacion y su temperamento nervioso han conseguido hacer de ella una muger sublime. Está educada para el amor.

Se puede presentar á examen.

Vamos á llevarla á algunas reuniones.

Su padre para acompañarla se cepilla, se lava, se compone, se perfila y la hija dice para su sayo:

—Mi padre se acicala para ir á una reunion de confianza, luego la compostura es un precepto social que observan los hombres *en todos los actos de su vida*. De lo contrario mi padre no titubearia en presentarse con el gaban color de lagarto con que se sienta á la mesa. Sí, el que mi padre en verano tome el fresco al balcon en calzoncillos no es razon para que los demás hagan otro tanto. La delicadeza y la finura del hombre están en armonía con el espiritualismo de la muger. El hombre es tal y como yo le he soñado. Decididamente mi padre es una escepcion.

Y entre estas y otras observaciones se ponen todos los trapitos de cristianar y se dirigen al compás de las palpitations de su corazon á uno de esos muchos centros generales de esportacion matrimonial que se llaman reuniones.

(Se continuará.)

ENRIQUE GASPÁR.



A MI PARIENTE

D. LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

SONETO.

Insigne vate y escritor profundo,
Gloria y orgullo de la hispana gente,
El lauro del saber ciñe tu frente,
Tu fama es grande como grande el mundo.

Yo gozo al par que humilde me confundo
Al contemplarte en la Castalia fuente,
La inspiracion bebiendo que á tu mente
Da un vuelo desusado y sin segundo.

Allí cantaste á Angélica y Medoro,
Los claros timbres de la patria historia
Con resonante voz y lira de oro.

Mas ¡ay! que al esplendor de tanta gloria,
Al hallar de tus restos el tesoro,
No vi honroso epitafio á tu memoria.

EL MARQUÉS DE CABRIÑANA.

Á MI HIJA MARÍA DE LA GLORIA.

Ven, angel mio, en mi seno
Apoya la frente pura,
Tú que de inmensa ventura
Inundas mi corazon.

Tú que llenas los sentidos
De inmarchitable esperanza,
Y auguras en lontananza
Un aura de bendicion.

Por ti contemplo la vida
Por su lado mas risueño,
Por ti con la gloria sueño,
Por ti sonrio feliz;

Por ti anhelo, ángel querido,
De la suerte los honores,
Y encuentro hermosas las flores
De rico y bello matiz.

Tus caricias me seducen,
De encanto llenan mi alma,
Y gozo inefable calma
Con tu inocente querer,

Sin que tan dulces amores
Pueda interrumpir el mundo
Con su vaivén infecundo,
Con su incentivo placer.

Es á mi sér tu cariño
Como á la planta el rocío,
Como el ambiente al estío,
Como el perfume á la flor,
Como á la cierva el encanto
De su libertad perdida,
Cuando se vió perseguida
Por esperto cazador.

Como al marinero errante
Que en las olas zozobrando
Del puerto le va alejando
Embravecida la mar.

Es la mágica esperanza
De salvacion manifiesta
Que la tempestad funesta
Viera dichoso calmar.

Así tu amor, hija mia,
Es mi gloria, mi destino,
Es árbol que en mi camino
Me ofrece puro soláz.
Es el sueño de mi mente,
El encanto de mi vida,
De mi ventura la égida,
De mi corazon la paz.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

¡POBRE MARÍA!

Si afligida y desolada
Sigues por triste camino
Buscando de tu destino
La flor ya seca y ajada,
Si el astro de tu alegría
Te niega sus resplandores,
No llores, por Dios, no llores,
¡Pobre María!

Si dentro del pecho humea
El polvo del bien perdido,
Si ya la fe no hermosea
La ventura que se ha ido,
Aun puede volver el día
De la pasada bonanza,
Aun siempre queda esperanza,
¡Pobre María!

Si el mar se estrella rugiendo
Contra potente muralla
Y en medio las rocas halla
Dique á su empuje tremendo,
Así la fortuna impía
Si intenta echarnos á pique
Encuentra en el alma un dique,
¡Pobre María!

Que pasen las ilusiones
Deja cual soplo de viento,
Que bame el mar turbulento,
Que rujan los aquilones;
Que en medio de esa agonía
Del bien que toca á su ocaso
La dicha hallarás acaso,
¡Pobre María!

Cruzarán años y años,
Edades y mas edades,
Y en medio las tempestades
Surgirán los desengaños,
Mas tras la pena sombría
Y el sentimiento profundo
Todo se pasa en el mundo,
¡Pobre María!

Cuando el rigor de este suelo
Niega al alma sus venturas,
Vuela á regiones mas puras
Do siempre vive el consuelo;
Jamás la melancolía
Tu corazon desespere,
Que la gloria es del que muere
¡Pobre María!

A. ALCALDE VALLADARES.

Madrid, 1864.

LA MANO ARDIENTE.

TRADICION

POR

RAFAEL BLASCO.

(Continuacion.)

—No amo.
 —Pero amaré V., y será correspondido, y ese amor le acarreará una gran desgracia.
 —¿Qué desgracia?
 —La muerte; no sé qué género de muerte, pero una muerte estraña, horrible.
 —¡Demonio!
 —No se burle V. porque su hora se acerca; V. morirá joven.
 —¿No tienes mas que decirme, niña hermosa?
 —Nada mas.
 —Pues toma tus honorarios.
 Y Rocafull sacó del bolsillo una moneda de cinco duros, pero la gitana la rechazó diciendo:
 —Ha dudado V., ha creído que le engañaba; guarde V. ese dinero.
 Mi amigo quedó sorprendido; tanta dignidad, tanta energía le desconcertaron; guardó el doblon y sacando de un dedo una rica sortija, dijo á la gitana:
 —Acepta al menos este regalo, es un recuerdo de familia.
 —No, contestó Dolores, esos recuerdos no se entregan mas que á la muger que se ama.
 Todos manifestamos nuestra admiracion: Rocafull quiso insistir, pero la gitana no le dejó continuar.
 —Tu voluntad es ley, exclamó mi amigo; mis palabras han sido duras, pero bien me las haces espiar. Adios, hermosa niña, si algo necesitas, si puede servirte alguna vez mi brazo ó mi bolsillo, no vaciles en dirigirme á Felipe Rocafull.
 El padre de Dolores, que como he dicho antes se hallaba sentado sobre el tronco y que habia contemplado la escena anterior con estóica impassibilidad, se levantó como movido por un resorte al escuchar estas palabras, sus facciones se alteraron y repitió con voz sorda:
 —¡Felipe Rocafull! ¡Felipe Rocafull!
 Nosotros no paramos mientes en esta circunstancia y nos alejamos de aquel sitio. Mi amigo estaba sombrío, yo preocupado.
 Al cabo de vagar un rato á la ventura, Rocafull me dijo:
 —No sé qué siento, necesito alegrarme; entremos en la botillería inmediata á beber una copa de rom.

III.

Al dia siguiente encontré á Felipe pensativo y mohino; la noche anterior habia perdido en el juego una respetable cantidad y creí que esta era la causa de su tristeza, aunque á decir verdad jamás le habian alterado los reveses de la fortuna. Me senté junto á una mesa donde se veían en reyuelta confusion papeles y libros, tomé un pliego á la ventura, y con gran sorpresa mia lei:

Gitana que un porvenir
 Me auguras desventurado,
 Sabé que nunca he temblado
 Al ver la muerte venir.
 Mas ¡ay! que despues de verte,
 Despues que adorarte puedo,
 Al porvenir tengo miedo
 Y tengo miedo á la muerte,

Involuntariamente mis lábios dejaron escapar una sonrisa.

—¿Te burlas de mis versos? me dijo Rocafull.
 —No; tus versos me gustan, muchos madrigales hay que valen menos; me río de lo que en ellos dices.
 —Tienes razon: hay alguna exageracion en

esos renglones; pero la verdad es que no he podido apartar de mi memoria en toda la noche el recuerdo de aquella gitana tan bella. No son sus tristes augurios los que la perturbacion de mi mente causan, no creo en ellos; es su imágen la que me persigue sin cesar.

—Síntoma infalible del amor.

—¿Crees que yo seria capaz de enamorarme de esa muger, por mas que sea tan hermosa?

—¿Por qué no? El amor no reconoce condiciones, el amor lo salva todo. La voluntad es muchas veces impotente para mandar al corazon, y cuando la pasion se desborda lo arrolla todo, como impetuoso torrente que rompe cuantos diques encuentra á su paso.

—Es verdad. Pero yo examino el estado de mi alma y la veo reposar tranquila y sosegada; presto atencion para escuchar el rumor del torrente y ni un eco resuena en el espacio. ¿Qué es lo que siento? El capricho transitorio, la impresion fugaz de una belleza estraña, que ha de pasar como la nube que lleva el viento. No quiero ahogar este capricho, porque en tanto que exista, tendré una ocupacion que impedirá que me consuma de tédio, tendré alimento que dar á mi corazon y mi vida se dirigirá á un objeto, porque á la verdad me canso del juego y de las pendencias, y de las orgias que forman hoy nuestras únicas aspiraciones.

—Es decir, que reniegas de tus principios.

—Reniego por un momento. Cuando se haya satisfecho el deseo que ha engendrado en mi corazon esa gitana, volveré de nuevo á dedicarme por completo á la vida disipada; pero en la actualidad quiero experimentar lo que no he experimentado nunca, quiero llenar el vacío que siento en mi alma.

—¿Y pretendes llenarlo con el amor de una gitana!

—¿Crees tú que esto que siento es amor? No; no amo, pero el amor debe ser algo parecido á lo que yo siento.

—¿De manera que no podré contar contigo en adelante?

—Sí; yo soy, yo seré siempre tu compañero; pero es lo cierto que no me satisface por completo esta vida; que ya no llaman mi atencion las emociones de la suerte, ni me placen los halagos de las mugeres que se venden.

—Estás moralizando.

—Digo lo que siento.

—Pero esa gitana se marchará mañana, ó tendrás que renunciar á ella, porque bien conoces el odio que los gitanos profesan á los que no son de su raza.

—Si esa gitana se marcha ¿no encontraré otra muger que realice mis sueños?

—Te veo resuelto á enamorarte á todo trance.

—Es estraño lo que me pasa, te lo confieso; pero hace algun tiempo que noto una transformacion interior que no me explico, que siento y no comprendo.

No quise interrogar mas á Rocafull; me pareció que sentia un capricho y que era preciso dejar que este capricho pasara, seguro de que despues volveria al buen camino, ó mejor dicho, al camino detestable que seguíamos hacia tiempo.

Salimos á paseo y Rocafull guió hacia la cabaña de los gitanos. Yo le seguí en silencio.

La cabaña no estaba rodeada de curiosos, como el dia anterior; á la puerta se encontraba el padre de Dolores y en el momento en que nos divisó se dirigió hacia nosotros.

—D. Felipe, le dijo á mi amigo, no estrañe V. la conducta que siguió ayer esa chiquilla, es orgullosa, y antes se hubiera dejado hacer pedazos que aceptar ni el dinero, ni el regalo que V. le ofreció.

—Comprendo bien su delicadeza, contestó Rocafull, mis palabras hirieron su amor propio....

—¿Qué amor propio! ¿Quién le manda tener amor propio á una pobre que gana honradamente su vida diciéndo la buena ventura?

—Pero V. aceptará una caña.

—Con mucho gusto, despues que V. haya probado un manzanilla que no conocen por esta tierra y que viaja conmigo; que aunque desgraciado me gusta lo bueno.

Un momento despues, sentados al rededor de una mesa á la puerta de la cabaña, vaciábamos juntos algunas copas.

Pronto se estableció una especie de intimidad entre todos y el gitano supo nuestra posicion y nosotros escuchamos de sus lábios que permanecería algun tiempo en la ciudad, donde esperaba recibir algunos caballos enviados por un amigo para que se encargara de su venta.

A esta noticia se dilató de satisfaccion el semblante de Felipe y me pareció que esta impresion no habia pasado desapercibida para el tio Antonio, que este era el nombre del gitano.

A poco llegó Dolores acompañada de otra gitana joven y agraciada, aunque su belleza era una belleza vulgar. Sea por educacion, sea porque aquella niña nos inspiraba un respeto que no hubiéramos sentido por cualquiera otra de su clase, dejamos nuestros asientos y la recibimos de pié.

—Siéntese su merced, decia el tio Antonio dirigiéndose á Felipe, porque de mí hacia bien poco caso; siéntese, que la chiquilla no está acostumbrada á semejantes etiquetas.

Dolores al ver á Rocafull se roburizó y bajó los ojos como si hubiera adivinado el amor del joven: en su actitud, en su semblante, se retrataba el pudoroso temor de la doncella que ve un peligro en la pasion de un hombre.

—Ven acá, chiquilla, le dijo el tio Antonio; este caballero es tan bueno que no te guarda rencor por las malas noticias de su vida que le diste ayer.

—De ningún modo, añadió Felipe; fui imprudente, quise conocer mi suerte futura y provoqué la revelacion de Dolores, ¿por qué he de quererla mal?

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:
 LUIS FABRA Y CAVERO.



PUNTOS DE SUSCRICION.

En Valencia, Administracion del periódico, imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, núm. 3; Centro general de suscripciones de D. Manuel Carboneres, plaza de la Constitucion, y librería de D. Juan Mariana y Sanz, Hierros de la Lonja.

En Madrid, Sres. D. Carlos Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso; Durán, Carrera de San Gerónimo, y Guijarro, Preciados, 5.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.